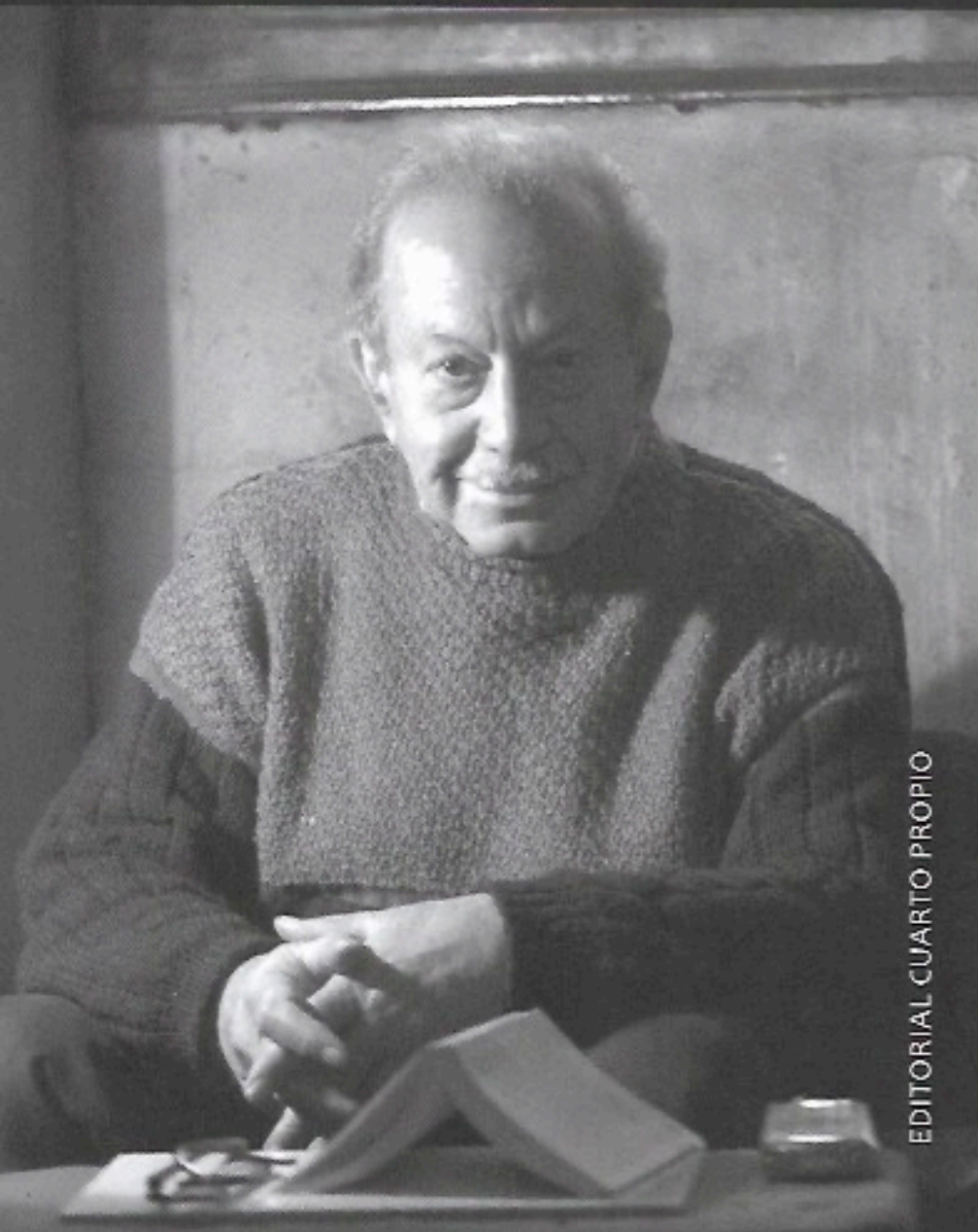


SAMIR NAZAL

Pastizales del espejismo



EDITORIAL CUARTO PROPIO

Editores: Cristián Basso Benelli y Daniel Pizarro Herrmann

SAMIR NAZAL

PASTIZALES DEL  
ESPEJISMO



Poesía

EDITORIAL  
CUARTOPROPIO

## PARA LLEGAR A SAMIR NAZAL

A principios de los años noventa todavía funcionaba el timbre de calle en el departamento de Samir Nazal. Al oírlo, el viejo –siempre fue viejo para nosotros, los jóvenes de esos años– se asomaba por una ventana del tercer piso y arrojaba las llaves dentro de un calcetín. A veces lo despertábamos de una siesta con la que intentaba reponerse del insomnio crónico y sacaba su cabeza con los pelos revueltos, medio dormido, y en un acto mecánico tiraba las llaves. Como lo visitaba mucha gente, las llaves se aporreaban una y otra vez contra las losas de la vereda y, a pesar del calcetín, iban deteriorándose y cada tanto era necesario hacerles una copia.

Casi nunca bajaba las escaleras para abrir personalmente la puerta de calle. Con los años, el acto se volvió cada vez más infrecuente, hasta desaparecer por completo del catálogo de lo esperable. Tenía que tratarse de alguien especial, alguien a quien no veía hacía mucho tiempo, quizás un amigo de antes, de otra época de su vida. Con las mujeres era distinto; con ellas tenía gestos de caballerosidad “a la antigua” para nuestros ojos. A veces ni siquiera veíamos su cara asomada, sino una ventana que se abría y unas llaves –dentro de un calcetín a rayas– en viaje hacia el suelo.

Un día el timbre de calle se echó a perder y Samir no se tomó la molestia de arreglarlo, nunca más. Diría que era su modo de relacionarse con las cosas: las dejaba estropearse hasta que se convertían en obstáculos a los que se acomodaba para convivir con ellos; respetaba su elocuente inercia y a lo más les hacía el quite. Por ejemplo, la cocina: alguna vez le llevaron una en buen estado para reemplazar la otra, ya inservible, y el artefacto nuevo no volvió a moverse del pasillo donde lo dejaron unos amigos de buena voluntad; esa clase de buena voluntad que Samir no parecía agradecer especialmente.

Como ya no funcionaba el timbre, estábamos obligados a llamar de otras maneras, y la más común era vocear hacia arriba: "¡Samir!". Los vecinos estaban acostumbrados a esos gritos que se elevaban desde la vereda a cualquier hora. Cuando no era un grito podía ser una piedrecilla arrojada contra los vidrios, sobre todo en invierno, época en que las ventanas permanecían cerradas y adentro iba condensándose una nube de humo. Si no era una piedrecilla podía ser el teléfono, desde el día en que otra alma de buena voluntad hizo los trámites para que instalaran uno en el departamento de Samir. Cuando no daban resultado los gritos ni las piedrecillas, podíamos llamarlo usando el teléfono público del almacén, en el primer piso del edificio. Para eso debíamos contar por anticipado con una moneda de cien pesos, dado que los almaceneros del barrio no tenían la mejor disposición para cambiarnos billetes por monedas. Cierto que con la aparición de los celulares todo se hizo más fácil, pero tiempo después, hacia el final de su vida, Samir ya no tuvo más dinero para pagar el teléfono ni tampoco demasiado entusiasmo o apuro por resolver sus problemas de comunicación. Al igual que con otros asuntos prácticos, dejó que este decantara por su propio peso en el devenir, como si de ese modo quedase situado en su justa dimensión: la irrelevancia. A partir de entonces fue algo más complicado llegar a Samir Nazal.

Las escaleras que conducían al departamento estaban en penumbras, cuando no en la total oscuridad. Pero las conocíamos de memoria: primero un tramo recto, luego otro a la derecha. Un descanso y vuelta a la izquierda. Otro descanso. Un último giro a la izquierda. No todos los peldaños tenían el mismo ancho, pero también sabíamos dónde estaban los más angostos y traicioneros. Más de alguien, eso sí, tropezaría en esas escaleras, con más probabilidad de bajada y bastante alcohol en la sangre.

Como espero ir dejando claro, a Samir no le interesaban las cosas. Le interesaban los seres humanos, al máximo. Pero tampoco se ataba a ellos como si fueran cosas. Y le interesaban los

libros, al máximo, que podrán ser cosas pero tienen algo de seres vivos. Los libros habían invadido el departamento hacía tiempo, arrumbados por todas partes a la espera de un orden, prometido por el mismo Samir, que nunca llegó. Los tomaba y los dejaba, los encontraba y los perdía. De libros y seres humanos estaba hecho su departamento de la calle Toesca, el que nosotros conocimos, el que habitó durante los últimos treinta años de su vida, solo.

Las paredes de la pieza donde nos recibía —no logro encajar aquí la palabra "living"— estaban tapizadas de fotos. Fotos de los amigos que lo visitaban. Y también afiches —el Che Guevara, Rimbaud, Cortázar, entre otros— y pinturas suyas con lápices de cera —un Cristo con los genitales bien marcados, bien puestos en su sitio—, y otros tantos objetos, recados y leyendas que apenas dejaban sitio despejado en los muros; como la celda de un prisionero arraigado en su cautiverio, a resguardo entre imágenes queridas, símbolos y devociones.

El departamento se prolongaba hacia el fondo en un diseño tan inusual como disparatado. Había que pasar por cada una de las piezas si uno se proponía alcanzar la última. Imagino un acordeón o un tren que hubiera pegado un frenazo. Para quienes perseveramos en su amistad semana tras semana, lenta pero tenazmente durante quince años, el tránsito hacia los vagones del fondo fue dándose al mismo paso con que progresaba la confianza. Porque Samir, se comprende, nunca nos haría una visita guiada. No era pudor ni sentido de la privacidad de los espacios, ni nada en particular que uno pudiera suponer. Simplemente el departamento, considerado como un todo, era otra cosa más, dentro de la cual le había tocado habitar; algo a esas alturas más o menos calamitoso pero todavía, a duras penas, funcional. No había hacia el fondo nada que ocultar o mantener en reserva, no había ni más ni menos desorden que en la pieza donde nos recibía, ni más ni menos ansias de vivir intensamente, siempre intensamente.

Y eso nos atraía a su hogar desde comienzos de los noventa. Mientras afuera se comprimía el aire de lo posible y la llamada transición a la democracia nos invitaba a tragar los sapos más podridos, a comer cucharada tras cucharada de mierda ideológica, dentro del departamento saturado de humo se ampliaban los espacios, se multiplicaban las perspectivas, el demacrado mundo tomaba mejor aspecto. Allí dentro, incluso, volvía a parecer sensata, más sensata y necesaria que nunca, la utopía colectiva –sin otros apellidos– en la que Samir no dejaba de creer, a poco de derrumbado el Muro.

Nos recibía en un sillón verde instalado de espaldas a la ventana por donde arrojaba las llaves. Hasta que el sillón se desfondó y Samir pasó a ocupar una silla de palo. El primero, por supuesto, quedó donde mismo y los libros comenzaron a invadirlo. En ese sillón desvencijado recibía a muchas visitas, jóvenes la gran mayoría. Seres humanos muy diversos, no exclusivamente aspirantes a escritores. A no ser que se tratara de sus talleres o de lecturas de poesía y cuentos, las reuniones donde Samir estaban lejos de adoptar la forma de tertulias literarias. Sin duda que se hablaba de literatura y con pasión, pero en ese departamento se nos ofrecían las condiciones para hablar de todo, quizás por los mismos motivos por los cuales él recomendaba como una máxima a cualquier aspirante a escritor: primero vivir, después escribir, luego leer. Aunque lector compulsivo, no le simpatizaban los ratones de biblioteca; prefería a quienes se aventuraban en la vida, a los arriesgados. Quizás por lo mismo, en el plano del oficio tampoco lo entusiasmaban mucho los artificios literarios, por más brillantes que fueran. Y pesar de esto, tan en serio se tomaba los libros que a poco de conocernos nos advertía: "Puedo mentir sobre muchas cosas, menos cuando se trata de literatura". Y por cierto que Samir fabulaba, sobre su vida y la de los demás.

Recibía a toda clase de seres humanos, menos, diría yo, a los pinochetistas de corazón. Las brasas de la dictadura estaban demasiado calientes. A esos, si alguna vez se le colaban en el

departamento, era capaz ponerlos fuera con una metralleta de garabatos. En cuanto a los pinochetistas encubiertos –que no eran pocos–, a la larga terminaban alejándose, incómodos en un ambiente donde sus ideas tropezaban con todo lo que acontecía, o bien algún comentario los delataba y corrían la misma suerte de los primeros. Samir Nazal era un hombre arrebatado.

Recibía a creyentes y no creyentes, pero con los primeros –los católicos, se entiende– tenía dificultades. Dificultades que habrá tenido mucho antes consigo mismo durante su pubertad y adolescencia. Cuando el alcohol –pisco puro con hielo– lo sumía en una suerte de agudeza demoníaca, los católicos presentes se llevaban la peor parte. No solo las emprendía contra la religión y sus dogmas, sino también contra los que en su presencia declaraban profesar la fe cristiana. ¿Cómo estaban ellos, de verdad? ¿Cómo era posible que un hombre fuera el hijo de Dios? ¿Cómo estaban ellos, de verdad, con sus genitales? ¿Cómo se las arreglaban con las pulsiones del sexo? ¿Qué tratos tenían con el placer? Samir arrinconaba.

Fumaba entre dos y tres cajetillas diarias de *Pacific*, las que con toda probabilidad le causarían el edema pulmonar que no iba a perdonarlo. Cuando estaba acompañado, a gusto, era capaz de encender un cigarrillo con el pucho anterior, y seguir conversando, y preguntando. Quería saber siempre cómo estábamos, de verdad. Aunque la Verdad, en su departamento, nunca fue proclamada, no por algún relativismo mercantil en boga que frustrara cualquier intento de encontrarla, sino por intuir que no estaba ahí, a la mano, disponible como un objeto. Así y todo le importaba mucho saber *cómo estábamos*, de verdad.

Digamos que el anchuroso mundo golpeaba a las puertas en el departamento de Samir. Y él tiraba las llaves hacia abajo y lo invitaba a pasar. Pero jugando de local, siempre. Lo cual no significa que esa política de puertas abiertas no acarrearía riesgos y sombras. Por allí aparecían los desesperados, ahogándose en dramas personales. Samir los oía y se conmovía. Aparecían

los exagerados, también los poetas malditos y los genios incomprendidos. Los hambrientos de gloria. Samir los oía y, a veces, les bajaba los humos sin desmoralizarlos; alentaba la voluntad de quien se hubiera propuesto convertirse en escritor. Aparecían también los curiosos, en abundancia; jóvenes acomodados a quienes atraía este hombre culto y cálido, intenso y único, que en medio de sus estrechas condiciones materiales se empeñaba en vivir como él quería, lo más libremente posible. Algunos se quedaban, aprendían de él, le tomaban cariño; para otros, las visitas no serían más que un paseo por la marginalidad —palabra detestada por Samir— que acaso les daría la cuota de “rareza” que echaban de menos en sus propias vidas.

Esa disposición receptiva y abierta hizo que muchos se acercaran a él en la actitud de un discípulo ante su maestro, de un feligrés ante un sacerdote. Samir no era ni lo uno ni lo otro, ni pretendía serlo. No era un maestro santurrón ni tampoco el sacerdote de alguna religión sincrética, pero algo de esas figuras se dibujaba en su relación con los jóvenes. Algo que en su caso podríamos designar, toscamente, como la invitación a vivir la propia vida, no una vida prestada, lo que sea que esto pueda significar. No se trataba para él de una idea acrítica —sin embargo, no la había elaborado en una teoría—, sino de una vivencia, una lucha perceptible con su propio ser y desde su propio ser.

También era un espejo. Con una admirable capacidad mimética invitaba tácitamente a mirarse. Y lo que uno encontraba dentro de sí no siempre olía muy bien. Y así uno podía aprender de los propios olores. Sufría con nuestros padecimientos: el amor, las heridas de infancia, los horrores políticos. De ser necesario para el curso de la conversación también él había sufrido una traición amorosa como la nuestra o una gran pérdida; de ser necesario, había sido un preso político y los agentes de la dictadura lo habían torturado. En otro orden de cosas, también había viajado por Europa y, dado el caso, se había encontrado

con grandes escritores con quienes se había ido de farra o había discutido rabiosamente.

Pero también, más en la intimidad, con perseverancia y obstinación podía uno asistir al momento en que el espejo se desvanecía o tal vez giraba hacia Samir y entonces comenzaba a asomar su propia historia, a borbotones. El suicidio de su madre cuando él tenía nueve años. El disparo que todavía le retumbaba en los oídos. Esa tía que se hizo cargo de él. La infancia en Limache. La calle San Diego. Patronato, el cerro San Cristóbal de sus correrías, el liceo Valentín Letelier. Sus padres, inmigrantes árabes. La larga enfermedad de su padre, las desavenencias con él, la reconciliación a destiempo, cuando el viejo ya había muerto. Los amores juveniles, las amistades. Los escritores de su generación, la del 50. Nos contaba también de Pilar, su mujer, colombiana de dudosa existencia. De sus hijos con ella, Joaquín y Rodrigo. ¿Fantasmas? De amores y viajes reales e imaginarios. De sus cuentos y novelas y sus libros de poesía.

¿Era Samir Nazal un escritor? ¿O solo un gran maestro de literatura, un lector inmenso? Algunos de sus amigos recibimos cierta vez unas fotocopias de sus poemas. Cuatro o cinco textos mecanografiados. Lo vimos garrapateando versos en un bloc de notas, en tacos de apuntes. Más aún, lo vimos embarcado en un libro de poemas, arrebatado por el entusiasmo creativo. En alguna reunión en su departamento escuchamos con la mayor atención uno de los poemas de ese libro que escribía. Avanzó unos versos con la voz aguardentosa y de pronto se interrumpió con un ademán desdeñoso. ¿No aprobaba lo que iba leyendo o había equivocado el escenario de sus oyentes? Dudas. ¿Era Samir Nazal un escritor?

La interrogante se despejó con su muerte. Detalles de cómo llegamos a armar esta edición de poemas se encuentran en la nota preliminar. Quizás el único secreto que escondían las piezas interiores eran las carpetas, los sobres, los cuadernillos que

testimonian su ininterrumpida actividad de escritor, desde la adolescencia hasta muy cerca del final, cuando hasta su propio cuerpo se convirtió en un obstáculo y las cosas, todas juntas, se desquitaban con él. Sin embargo, consecuente con el desorden orgánico que regía su vida, había dejado también poemas sueltos en la pieza de entrada, entre páginas de libros, olvidados en una mesita, sobre los resortes del sillón verde, en el piso. Señuelos, quiero imaginar, desperdigados no tan al azar para guiarnos hacia las piezas del fondo.

No muchos tuvimos la suerte y el privilegio de conocer al hombre. Hoy nos sentimos huérfanos de él. Es de esperar que muchos más tengan la fortuna de conocer al escritor, al poeta. Creo que su legado, como el de toda gran poesía, será universal.

*Daniel Pizarro Herrmann,*  
Santiago de Chile, septiembre del 2013.

## ES TIEMPO DE SAMIR NAZAL

Íbamos entrando a la calle Nueva York, desde la Alameda, pensando cuán atrasados estábamos en llegar a la Editorial Tiempo Nuevo, cuando Samir se detuvo frente al Bar de la Unión y me dijo:

—Aquí siempre viene Jorge Teillier.

Algo más cándido que de costumbre, no supe qué responderle. Fue como pasar abruptamente de un estado a otro, en lo voluble de los segundos y en el apremio por llegar pronto a destino. Él, sin pensarlo, se acercó a la puerta, la abrió e inspeccionó el lugar. Su mirada se detuvo con un grito controlado que dirigió hacia mí: "¡Y allí está! ¡Ahí está!".

Situaciones como esta ocurrían con Samir. Lo mágico, lo inesperado y lo poético podían irrumpir a la vez cuando se estaba con él. Nadie que lo haya conocido en profundidad puede sostener lo contrario. Una aventura seguía a otra, una conversación a un silencio reflexivo y de pronto a una carcajada que aturdió el instante, despertando otra vez la charla que podía extenderse incluso hasta el día siguiente, tal era su calidez cuando alguien entraba en su casa y lo conocía.

Sin embargo, para cada uno de nosotros existía un Samir diferente: para algunos, era el viejo sabio trasnochador que vociferaba "la fiesta de vivir", fumaba ansiosamente, bebía pisco solo o vino en caja, reía de buena gana, recordaba, entre sollozos, a los amigos muertos, y preguntaba con verdadero interés por los vivos, a la par que abría páginas de libros para ilustrar la belleza de un párrafo o la fuerza expresiva de un verso que muchas veces a él mismo lo hacía llorar; para otros, era el vendedor de libros que recomendaba un autor desconocido o que el tiempo había dejado en el Purgatorio, es decir, esperando una oportunidad para ser releído, renaciendo en la lectura después de un largo paréntesis

de indiferencia. Tras la recomendación, sujeta a las inquietudes del comprador, se sucedía un diálogo del que nacía una amistad entrañable. Otros afirman que era el crítico incorruptible, capaz de no medirse en comentarios reprobatorios o laudatorios ante un texto naciente, sometiéndolo a la poda de la corrección, porque, tal como Samir decía, podía mentir en todo, menos en literatura. Para otros, fue el sustituto de padre ausente, el confidente que aprendía de memoria sus historias personales, de las cuales no olvidaba ningún detalle, incluso habiendo pasado años de la confesión, vivificándolas con una soltura y gracia inigualables. Seguía de cerca las vidas de sus amigos y discípulos. Por esa y otras muchas razones, no era de extrañar que una llamada suya sorprendiera a cualquier hora, acompañada de una invitación o de una escucha que salvara al oyente de un angustioso momento.

Fue también consejero amoroso y vocacional. A más de alguno siguió en caprichos y proyectos artísticos, contribuyendo con lucidez y admirable inteligencia creativa, sin mediar reparos, entusiasmado con las nuevas ideas a veces más que el propio interesado. También muchos se conmovieron con su vida, sus categóricos juicios estéticos, políticos y filosóficos, comprobando que en su generosidad de hombre afable y culto habitaba un auténtico artista, cuya claridad mental despejaba dudas, inseguridades y fantasmas. Su compromiso con el otro era total. Repetía en ocasiones que había que "asomarse al pozo del otro", interesarse por su historia, regresar incluso a su infancia y acogerlo desde la afectividad y la comprensión. Nada más humano que el desprendimiento de Samir y su capacidad de amar a los demás. Para él, que siempre estuvo a favor del reconocimiento de las diferencias de género, las emociones de los demás le eran propias; le provocaban a menudo llanto, júbilo, compasión, preocupación, alarma a ratos, cuando vivir se hacía difícil, alcance que le oíamos justificar parafraseando a partir de la *Oda a Walt Whitman* de García Lorca: "porque la vida no es ni noble, ni sagrada ni sencilla".

Fue también un fiel "compañero de farras" o, como además lo definió el escritor León Pascal, "almirante vitalicio de la cultura *underground* santiaguina", gozador y amante de lo humano. Pero hubo alguno que, sin conocerlo, fabuló samires erróneos para fabular la ambición de su propia obra. Pese a ello, todos forman parte de uno solo, porque la riqueza de un ser humano es prismática, inabordable en un solo boceto.

Si tuviera hoy en frente a Samir, aquí, y me preguntara —cosa que dudo—: "A ver, lindura, ¿qué dirías de mí?", creo que me quedaría en blanco, apenas con un estallido de imágenes, entre las cuales no sabría escoger la primera. Se interpondría la razón, que suele obligarnos a clasificar todo en la tozudez cronológica, tergiversando momentos y declaraciones para lograr la objetividad o la distancia que exigen los incrédulos, amparándose en el falso endiosamiento que nace del impulso emotivo. Quizás me llevaría a los diecisiete años, en 1993, y partiría un relato no exento de cierto tedio, deteniéndome en situaciones que el recuerdo engañoso calificaría como hechos dignos de memoria. Volvería al momento en que le envié con un amigo en común un libro empastado con mis primeros poemas, de letras doradas en la cubierta, escrito completamente en una Underwood de los cuarenta; y partiría, no sin los velos del ego poético adolescente, "un ir y venir de poema inconcluso". Iría a la fuente, en actitud de ciervo herido, del primer encuentro con el escritor Nazal que, tras su escritorio de ventas en la librería de la galería *Venetto* de Manuel Montt en la que trabajó unos años, profería juicios severos contra la palabrería que enfermaba a todo poeta joven. En cambio, si dejó atrás la presión del orden lineal del *Ab ovo* horaciano, intentando captar lo complejo de describirlo, por el rico cromatismo de su personalidad, las palabras podrían ir dando fe de un discurso que, en parte, lo retrataría.

Samir hablaba desde el otro, desde aquel o aquella que, por el motivo que fuera, se interponía entre sus ojos verdiclaros, el diván para invitados y la pared de fondo en la que figuraban varias



fotografías y escritos de puño y letra que le hacían compañía: una copia del desnudo de Marilyn Monroe eternizado por Keller, un retrato de Rimbaud de 1871, una sonriente Janis Joplin apuntándonos en cada encuentro, diciéndonos "tú y tú, a reír", o un retrato del Che Guevara que miraba el collage de enfrente. Las paredes contenían las huellas de sus afectos. Había en ellas manuscritos que declaraban "¡Te quiero Samir!", "Viejo lindo...", "¡Viva Samir!", escritos en la intensidad de la noche o a raíz de la despedida de un entrañable viajero. Se sumaban, además, dibujos suyos de cristos coloridos, fotos de Ramza, de su nieto, sus amigos con edades diversas y un oso de peluche polvoriento que callaba dentro de una caja adosada a la pared y con tristura —expresión muy suya, por lo demás— una infancia presente.

Repasaba con cada hijo o hija putativos, fuera o no escritor, la experiencia vital y formadora. Se hacía partícipe de triunfos y fracasos, pero cuando se trataba de él surgía el despiste inmediato o los mitos, retazos de una realidad creada que enriquecía la misma realidad.

Visitarlo en su departamento de Toesca, acompañarlo en alguna caminata hacia la plaza Manuel Rodríguez, en el barrio Club Hípico, o llegar hasta el centro de Santiago para participar de alguna presentación de libro, panorama cultural, entrada a un bar o simplemente pasear por las céntricas calles veraniegas, daba la sensación de estar hablando o leyendo la vida en algún poema que revivía su privilegiada memoria: cada texto complementaba una situación real, en plena coherencia con el desarrollo de una discusión, en la que a cualquiera hacía sentir que la literatura, más allá de toda incursión crítica, nos acompañaba siempre.

"Libre de lo de ayer, jamás haber nacido...". Todavía el recuerdo de su voz profunda recitando este y otros versos de David Rosenmann-Taub tienen plena vigencia para mí. Samir era así en su transparencia poética: compartía preferencias literarias o lecturas del momento como Eliot, Carson McCullers, Houellebecq, Cernuda, Mansfield, Vallejo, Dickinson, Artaud, entre

muchos otros, y desde luego la infaltable Mistral. Porque estaba relacionado hasta la médula con un honesto modo de vivir y entender la literatura. Basta revisar esta respuesta que diera a una entrevista realizada por Gustavo del Canto en el diario *La Nación*, analizando el lenguaje de los jóvenes: "Hay una soltura de lenguaje, una jerga medio obscena, que si bien es parte de nuestra forma de hablar y debe ser utilizada, en estos momentos se ocupa solo como una forma para llamar la atención. Un pataleo infantil. Cuando este poeta egósta, individualista y narciso, se asoma a la realidad, solo puede putearla. Yo no los condeno de ninguna forma. Entiendo que la vida de pronto es tan gris, que es mejor mirar hacia adentro. Sin embargo, creo que no podemos pasarnos todo el tiempo rebuyendo el problema. La literatura es para valientes".

Un verso, para él, alcanzaba su sentido cuando sintonizaba con la vida, sin remilgos, sin afectaciones ni aspavientos intelectuales: "porque viví la vida, no mi vida", esa era la sentencia de la que debíamos escapar, y asumir que la diversidad define la naturaleza humana y la ennoblece.

Como afirmé, para cada visitante, tallerista o escritor nuevo nacía un Samir distinto, aunque todos confluyeran en el mítico personaje que declaraba haber entrado con la Bardot a un teatro en Buenos Aires, o compartido en París inquietudes existencialistas con Sartre, o que tenía hijos con una esposa colombiana. A este respecto, las palabras de Miguel Labarca son certeras e ilustrativas de su juego con lo real: "La novela de Samir fue su vida. Y todos nosotros sus borradores, escuchas y borrones. Samir que me inventó New York y varios hijos; Samir que despertó en Buenos Aires en pelota en un clóset lleno de gente en pelota; Samir que compartió una clase con Cortázar y una ida al teatro con la Bardot; Samir que levitó en su primera comunión; Samir que recuerda una inundación en un pueblo sin río. Samir que alguna vez creyó que yo escribiría algo que valiera la pena". Lo cierto es que cultivó no solo una imagen mítica con respecto de

algunos pasajes de su vida, sino que, en el compromiso que asumía voluntariamente con los demás, compartió una parte suya verdadera, sesgo de su forma de ser atractiva que, desde el primer deslumbramiento, decantaba hacia la confesión de su real experiencia: amores, sufrimientos, soledades, pero sobre todo la alegría de vivir, alejado de las famosas "soberanas latas" que le producían lo majadero y la pedantería.

Visionario, lúdico, detallista, hilarante, cercano, incrédulo de las primeras versiones de textos o personas. Inquieto, espontáneo, dignificó el oficio de escritor, le dio cuerpo presente a la entrega total por la escritura. Se mantuvo al margen de la figuración pública, fue generoso con su inteligencia y su palabra, defendió ideales y sufrió con la injusticia, la escasez de oportunidades, las anulaciones del otro y la pobreza de muchos. Se conmovió de las víctimas del Golpe Militar, siguió de cerca la postergación y angustia de quienes vivieron con VIH en los noventa; lo enrabó el empoderamiento de la seudocultura manipulada por grupos de poder; se desprendió de partidos y creencias superfluas: optó por la poesía y por lo humano. Logró abstraerse del empobrecimiento de su época, confió en las nuevas generaciones; sobrevivió al suicidio, a la autodestrucción. Concitó a jóvenes, rescató a poetas perdidos. No esperó retribuciones más que un abrazo y una escritura vinculada con la vida. Sin lucimientos, compartió lo que sabía. No publicó, pero tampoco se deshizo de su obra. Estaba allí, manuscrita y mecanografiada, pero estaba ahí, ante nuestros ojos, ante nuestro asombro, nuestra boca en blanco que tardó unos minutos en convencerse de que Samir Nazal no se olvidó de nadie. Su obra inédita parece decirnos: "Aquí estoy yo, no me he marchado".

*Cristián Basso Benelli*  
Santiago de Chile, enero de 2014.

Todo parece indicar que Samir Nazal fue un escritor voluntaria y rigurosamente inédito. No publicó libros ni figuró con obra propia en antologías, revistas ni diarios. Hasta donde nos ha sido posible indagar, los únicos textos impresos de su autoría corresponden a notas o prólogos a obras de poetas y narradores, a contadas columnas de prensa y a algunas entrevistas. También participó como compilador de la antología de poesía joven *Génetrix*, publicada en 1999<sup>1</sup>.

Los poemas aquí seleccionados forman parte del material disperso hallado a su muerte en el departamento que fue lugar de reunión para escritores de distintas generaciones, jóvenes la mayoría, y en el que habitó los últimos treinta años. Libros de poesía mecanografiados, poemas manuscritos en hojas sueltas, cuentos, fragmentos de novelas, diarios íntimos, borradores y proyectos de obras fueron reunidos y luego guardados en tres grandes cajas de plástico la tarde del 8 de junio de 2008.

El paso siguiente fue ordenar y clasificar el cuantioso material. El entusiasmo de sabernos ante un escritor por descubrir nos condujo a iniciar en paralelo la transcripción de poemas y textos narrativos. Pronto nos dimos cuenta de que la tarea exigiría mucho más tiempo del que disponíamos para emprenderla con el rigor que demandaba, pues buena parte del material en prosa era fragmentario. Entonces decidimos ocuparnos de la poesía no solo porque en ella encontramos libros ya organizados por Samir, sino también por la abundancia de poemas sueltos. En el caso de aquellos con más de una versión, la mayoría de las veces pudimos establecer la última trabajando bajo el supuesto de que

1 *Génetrix: Antología de Poesía Joven*. Ediciones Octaedro, Santiago de Chile, 1999. La antología, prologada por Armando Uribe, fue compilada por Pablo Barco, Francisco Leal y Samir Nazal.

dicha versión sería al menos la más aceptable para el autor, dada la disconformidad que subyace a toda corrección.

Determinante también en la decisión de postergar la transcripción de la obra en prosa fue el hecho de que la producción poética se extendía bastante más allá del período en que podían fecharse los últimos textos narrativos. Estamos ciertos de que el abandono casi definitivo de estos no representa a priori nada sobre su valor, por lo que habrá que esperar una acuciosa revisión para dimensionar su importancia. Podemos sostener tentativamente que la poesía fue el medio de expresión que Samir Nazal privilegió hacia el final de su vida, aun cuando en varias ocasiones lo oímos afirmar que se consideraba más narrador que poeta.

Más allá de los años ochenta, no encontramos libros de poesía terminados. A pesar de ello, la década siguiente es de una productividad constante con la que tal vez su trabajo poético alcanza los mayores logros. Fue este hecho el que nos convenció de revisar cada uno de los textos antes que dejarnos influenciar por los libros ya ordenados. La elección de los poemas es plena responsabilidad de los editores. No hay comentarios escritos de Samir ni tampoco recordamos apreciaciones suyas, directas o indirectas, sobre ellos. La única excepción al silencio sobre su obra, que tomamos como prueba de conformidad del autor con los textos, fue el acto de repartir entre unos pocos amigos algunos poemas fotocopiados, no más de cuatro o cinco, todos incluidos en la presente edición.

Los criterios establecidos para estructurar el volumen responden al propósito de otorgarle organicidad al conjunto, distribuyendo en cinco secciones las temáticas que inspiraban a Samir. *Litografía del exilio*, *Mi gana es tu desgana* y *Nonato* deben su nombre a poemas homónimos que aparecen en las secciones respectivas; *Déjame ser como si yo existiera* es el primer verso de uno de los poemas de la última parte del libro; *Crónicas del desvivirse* fue tomado de unas líneas sueltas que también pertenecen al autor. El nombre de esta obra, *Pastizales del espejismo*, corresponde

al título que el propio Samir dio a uno de los libros que quedaron inéditos.

Quedan aún poemas por transcribir, algunos inacabados, otros con enmiendas o anotaciones al margen que demandarán un exigente trabajo de depuración en una etapa próxima. Teniendo en cuenta el estado parcial de conocimiento del legado literario de Samir Nazal, esta selección no aspira a ser más que una primera antología poética. Esperamos que despierte interés y asombro por un escritor chileno hasta hoy completamente desconocido.

Para terminar, queremos reconocer a todos los que de una u otra manera han contribuido a concretar este proyecto. Como se trata de una larga lista de amigos y familiares, preferimos no mencionar a ninguno en particular para no incurrir en omisiones inmerecidas.

*Cristián Basso Benelli - Daniel Pizarro Herrmann*  
*Santiago de Chile, noviembre de 2012.*

Samir Nazal (1930-2008) es autor de una deslumbrante obra literaria que hasta ahora permaneció inédita. El hallazgo se produjo tras su muerte y confirmó el genio de un artista que, en contacto con lo profano y lo sagrado de la vida, rehuyó la figuración pública, pero la innegable riqueza de su legado demostró lo imposible de su propósito.

“El decidido azar y reserva que sostienen esta joya que los editores rescataron de los mundos del poeta hacen desear más y más pastizales y espejismos como este, de aguas oscuras y aguas claras, en otros géneros, otras voces: otras historias de Samir. Sería asombroso que las ruedas de la fortuna continúen la suerte de esta primera publicación y sigan soltando silenciosos diamantes como los que componen esta antología que despliega voces y silencios de la constelación poética de un escritor recién nacido para nosotros”.

*Francisco Leal*  
Colorado State University

